Históricas Digital

Mauricio Tenorio Trillo

"*Laisons dangereuses:* Memoria y olvido historiográfico, México-Estados Unidos"

p. 31-43

Cincuenta años de investigación histórica en México

Gisela von Wobeser (coordinación)

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas/
Universidad de Guanajuato

1998

350 p.

(Serie Historia Moderna y Contemporánea, 29)

ISBN 968-36-6471-7

Formato: PDF

Publicado en línea: 16 de abril de 2018

Disponible en:

http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

DR © 2018, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

LIAISONS DANGEREUSES
MEMORIA Y OLVIDO HISTORIOGRÁFICO MÉXICO-ESTADOS UNIDOS

MAURICIO TENORIO TRILLO
Universidad de Texas, Austin

El sentimiento de odio y amor por lo "americano", "gringo", "gabacho" o "yanqui" es, a qué dudar, una añeja tradición nuestra. Condenar o promover el "imperialismo cultural", la "americanización", la "agringuización", no es una mera retórica mexicana, sino es Ariel que, escondido detrás de los verbos castellanos, nos ventriloquea el idioma. En el México de los noventa, unos temen por la pérdida de la "cultura nacional", otros doblan por la globalización *made in the USA*. En España, a cuatro años de terminar el milenio, a un ensayista español le valió un importante premio el poner al día el sonsonete aquel de criticar el individualismo, falta de espiritualidad, superficialidad, vulgaridad e imperialismo de los yanquis. Ese Ariel de Rodó, cada tanto, resurge para levantarle el ánimo a nuestra hispánica, mestiza y bronceada seguridad espiritual. "Contimás" si añadimos el otro "nativismo", el de Estados Unidos: el antimexicano, antihispánico, antiinmigracionista que se deja oír cada vez que Próspero se deprime. Y es que, dice don Luis González, "el nacionalismo, mezcla de odios y vanaglorias, es el morbo máximo de los Estados-nación del último par de siglos, y esa enfermedad ataca preferentemente a los historiadores". Ante odio y vanagloria, ¿puede hablarse de interacción entre la historiografía "anglosajona" —por llamarla provisionalmente de alguna forma— y la escritura de la historia de México? Creo que sí, pero éstas son *liaisons dangereuses*, y el detallarlas puede irritar al Ariel que llevamos dentro. Como Rodó, invoco a Ariel para que sea "mi numen": "Quisiera ahora para mi palabra la más suave y persuasiva unción". De antemano mis disculpas.

No lo haré, pero podría remontar estas relaciones peligrosas a la mezcla de amor y odio que Vicente Riva Palacio o Alfredo Chavero o incluso Justo Sierra sentían por los trabajos de William H. Prescott o Hubert H. Brancroft. O podría enumerar varios ejemplos de bravura antiyanqui en historiadores mexicanos contemporáneos. Pero hacer esto último, si bien es fácil, resultaría inútil. A cambio, lo que haré en unas pocas líneas es mostrar los pormenores de las últimas tres décadas de relaciones historiográficas entre México y

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Estados Unidos, señalando también las áreas de contacto que se vislumbran en el futuro cercano. Seré breve y por ello quizá suene demasiado enérgico. Empero, es prudente dejar a "la entrada la vileza" y tranquilizar conciencias: no hay de qué preocuparse; entre el amor y el odio de las historiografías de México y Estados Unidos no ha existido profundidad. (Advierto que, en lo que sigue, en ningún momento me refiero a identidades o culturas esenciales. De eso no sé nada.) Con todo, adelanto que analizar esta inexistencia de profundidades es una de las aventuras complicadas que recomendaba Valéry ("la mejor educación consiste en desaprender nuestra primera educación"). Mostraré, pues, que en este tipo de relaciones peligrosas, cantaba una memorable Lucha Reyes peruana: "tan sólo se odia lo querido" y "el rencor hiere menos que el olvido".

Tan sólo se odia lo querido

La historia —esto es, el pasado— está muy llena de sus difíciles *asegunes* entre México y Estados Unidos para que la historia mexicana —quiero decir, los libros— buscara inspiración en la escuela "anglosajona". Pero si se trata de historia profesional, científica, uno esperaría que métodos, conceptos y teorías de aquí y de allá circularan libremente entre las historias nacionales. Ciencia es madurez y es a-nacional. Como en Estados Unidos, en México consideramos que la profesionalización de la escritura de la historia es un hecho tan natural como la evolución geológica de la Tierra. En *Historia ¿para qué?*, aquel libro que hizo las veces de Biblia epistemológica para mi generación, Carlos Pereyra sin empacho hablaba de "la progresiva madurez de las ciencias sociales y la integración de la historia en éstas". En tal madurez, por supuesto, Marx, Althusser, Poulantzas, Braudel, Bloch, Vilar, Lefebvre, Le Goff y otros adquirían su cartilla mexicana. En este libro de varios autores, si se puede hablar de influencia de la tradición anglosajona, su único representante era Eric Hobsbawm. Notable excepción era la contribución de José Joaquín Blanco, quien, al tocar el tema del placer de la historia, se recreaba con *Hacia la estación de Finlandia*, de un "gringo" ilustre, Edmund Wilson. *¿Historia para qué?* concluía con optimismo afirmando lo beneficioso de la profesionalización de la historia, entendida como una pérdida de inocencia teórica, como una internacionalización metodológica y política de la historiografía mexicana.

Siguiendo esta línea de evolución, hoy podemos ver el transcurrir natural de la historiografía mexicana que fue de los pensadores a la avalancha de licenciados, y de ahí al efímero florecer de maestrías y terceros ciclos, para llegar finalmente a su estado avanzado: todos los historiadores, si no excelentes, sí de excelencia. Ésta es la peculiar cientifización historiográfica de Méxi-

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

co, a caballo entre nacionalismo, liberalismo, materialismo histórico, eurofilia y "agringuización" institucional. Para nuestras conciencias profesionalizadas, preguntarse por qué esto es así equivaldría a inquirir por qué es Bolsón el de Mapimí. No respondo, pero repare el lector en la rareza del hecho: que se requiera *Ph. D.* para ejercer la historia podría ser tan poco natural como pedir doctorado en taquimecanografía a quien quisiera ejercer el oficio de poeta.

Regreso al punto: en nuestra posguerra fría, nuestra era posTLC, ¿estamos al borde de la "agringuización" de la escritura de la historia en México? ¿Acaso hoy el viejo lobo del imperialismo cultural es un Tío Sam *travesti* que va de Clío?

Los odios u olvidos aparentes de la historiografía mexicana respecto de la de Estados Unidos están sustentados en una sólida, aunque no tan visible, relación. Esta relación sólo se vuelve aparente si se considera, en primer lugar, que no existe tal cosa como *una* tradición anglosajona, sino varias formas de escribir historia en inglés. En segundo, que sí ha habido aquí y allá importantes momentos de interacción historiográfica entre México y Estados Unidos. Y, finalmente, hay que considerar lo irónico que es hablar de influencias de X en Z cuando Z es casi un subconjunto de X. Esto es, resulta necesario reconocer que en los últimos años un porcentaje muy alto de la historia de México se escribe en Estados Unidos. Lo cual no es decir nada de la calidad de las historias en español o en inglés, tan sólo de su cantidad. Estos tres aspectos —las muchas tradiciones anglosajonas, las influencias evidentes y la inclusión del tema México en la vida académica de Estados Unidos— matizan los odios y amores de las peligrosas relaciones historiográficas México-Estados Unidos.

Para no entretenerme mucho, sólo reparo en la importante distinción entre la historiografía hecha en y sobre Estados Unidos y la escrita en y sobre el Reino Unido, dos tradiciones que comparten raíces filosóficas y estilos retóricos, pero que no son ni con mucho la misma cosa. Si parece complicado ubicar la influencia de la historiografía estadounidense en México, es fácil localizar el importante impacto de la historiografía británica en el mundo. La historiografía inglesa clásica es ya parte del sistema de pensar de todas las historiografías occidentales o medio occidentales. Los grandes temas historiográficos (agricultura, industrialización, urbanización, clase obrera) y la misma cronología que asumimos casi instintivamente (tradición-modernidad, precapitalismo-capitalismo, atraso-progreso) en gran parte no son otra cosa que leer al mundo a través de las claves dadas por una pequeña isla cercana a Francia. No hay necesidad de rastrear las lecturas *whig* de los historiadores mexicanos del XIX: esa literatura ya era parte del código genético de los liberales decimonónicos del mundo. Este impacto invisible sólo es comparable con el que tuvieron los comentarios sobre Estados Unidos (de

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Tocqueville a Sarmiento o de Lucas Alamán a Justo Sierra) en las concepciones historiográficas del XIX mexicano.

A partir de los años sesenta, la historiografía británica ha exportado otra gran veta teórica producida por la larga y lúcida tradición marxista inglesa: análisis profundo y refinado, si lo hay. El mejor ejemplo: E. P. Thompson, quien ha conocido adeptos lo mismo en México que en Brasil o en España. Dentro de esta misma tradición están historiadores de erudición excepcional: Eric Hobsbawm, Perry y Benedict Anderson, George Rudé, Raymond Williams. No hay por qué detenerse demasiado en la obvia importancia de estos autores en la enseñanza y escritura de la historia en México.

Aquí un poco de especulación: la revisión culturalista del marxismo, iniciada por Raymond Williams en los años sesenta, se ha vuelto escuela teórica y gueto universitarios, en los noventa. *Cultural Studies* es toda una marca de productos que vienen en dos presentaciones, su versión universidad thatcheriana pauperizada y su versión *nouveau riche* estadounidense. En Inglaterra, los críticos de los *Cultural Studies* creen que esos *fields* reverdecen por la maléfica lluvia que producen los intelectuales franceses. En realidad esta escuela es una amalgama de ideas y teorías, y ahí han encontrado cobijo las preocupaciones por discursos, textos, bajos corporales (femenino, masculino), razas y etnias. Esta escuela está tocando a la puerta de las ciencias sociales y la historiografía mexicanas.

Un derivado de tal escuela es otra moda académica que seguramente tendrá su sonoridad en México. Se trata de una perspectiva escrita en inglés: los llamados estudios subalternos que se pronuncian con acento de la India. Son un grupo de estudiosos que se las dan de populacho poscolonial pero que no pueden ocultar su sofisticada casta intelectual adquirida en Cambrigde o en Oxford. Éstos son "diaspóricos" (vamos, *jet sets)* de los que se puede aprender mucho y ya existen historiadores norteamericanos utilizando sus ideas para entender a México. Ya se habla del siglo XIX mexicano en el lenguaje de lo subalterno (que es una corriente, pero no eléctrica sino teórica derivada de un intelectual no sé si subalterno, pero sí europeo y lector de Maquiavelo y Marx: Antonio Gramsci). De hecho, esta corriente pulula por México como por América Latina desde los años setenta, tanto en nuestros gramscianos locales como en las nostálgicas canciones del catalán Raimon, las cuales eran de rigor para los *progres* de la época —a soltar la lágrima al oír: "*Jo vinc d'un silenci antic i molt llarg... de gent que anomenen classes subalternes...*" Avivadas por el viento que viene de Stanford-Harvard-Oxford-Delhi, las brasas de esta corriente "subalterna" mexicana están adquiriendo, o adquirirán, nueva vida en la historiografía mexicana.

Otra perspectiva que viene de los sajones viejos y que ha influido en las historiografías del mundo es la historia del pensamiento político de la llamada *Cambridge school.* Quentin Skinner y John G. A. Pocock inauguraron

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

una forma de historia intelectual y de filosofía política que ha influido en latinoamericanistas ingleses y estadounidenses (por ejemplo, David Brading y Richard Morse); a través de ellos, podemos decir que esta visión ya tiene presencia en la historiografía mexicana. Se trata de una perspectiva basada en el análisis de discurso, de retórica y en —británicos al fin y al cabo— meticulosa investigación. Esta escuela ya está apareada con varias corrientes europeas (Kosseleck en Alemania o Furet en Francia).

Existe una vena historiográfico-intelectual que, aunque de muy distinta alcurnia y perfil entre Inglaterra y Estados Unidos, ha conocido en México un mismo tipo de público, gracias a las traducciones ofrecidas por la revista *Vuelta* desde los años setenta. Ahí, hemos podido leer en México tanto el lúcido pensamiento liberal de excelentes historiadores ingleses, como Isaiah Berlin o Hugh Trevor-Roper, como el de los norteamericanos no menos lúcidos —aunque a veces irritantemente conservadores, siempre inteligentes y sugerentes—, como Daniel Bell o Irving Howe. No sabría decir cómo y hasta qué punto estos intelectuales han dejado huella en la escritura de la historia de México, pero creo que han sido, gracias a *Vuelta,* parte de la educación intelectual de varios historiadores mexicanos y latinoamericanos. Muy recientemente, la revista *Nexos* comenzó a traducir textos de valiosos intelectuales estadounidenses de la izquierda melancólica, como Christopher Lasch. Ojalá este esfuerzo de traducción continúe; que la voz de esta izquierda melancólica sirva de contrapeso intelectual al optimismo de la izquierda festiva en México.

Todos los nutrientes hasta aquí reseñados ya son o serán parte del potaje historiográfico mexicano. Pero están los otros "tropiezos" (como llaman los españoles a todo lo que se encuentran en el caldo): las corrientes con *lots of gringo element.* Para distinguirlos hay que usar filtros muy finos porque no hay sustancias puras, todo es mezcla. Quizá el caso más evidente sea Frank Tannenbaum y su influencia en las visiones estadounidenses y mexicanas de la Revolución de 1910. Tannenbaum es la quintaesencia de la historiografía estadounidense. Un producto de lo mejor de las tradiciones políticas, culturales e historiográficas de Estados Unidos, una síntesis de tradición populista norteamericana con ideas anarquistas y socialistas. Tannenbaum estudió el sur de Estados Unidos y luego México a través de los ojos que vieron el sur y sufrieron la depresión; además incorporó los puntos de vista radicales mexicanos (Molina Enríquez, Wistano Luis Orozco). El resultado: una visión que (poco a poco lo voy descubriendo) ha influido en muchos mexicanistas estadounidenses y mexicanos (por mencionar a algunos confesos: Alan Knight, Charles Hale, Adolfo Gilly, Josefina Vázquez, John Womack). Esta mezcla es tan sutil que ya nadie ve la lectura amexicanada de los estudios de la esclavitud norteamericana o las lecturas jeffersonianas de la Revolución Mexicana.

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

Durante los años treinta, antropólogos como Robert Redfield consolidaron los estudios mesoamericanos dentro de las universidades norteamericanas. Sus interpretaciones dejaron también marca en los estudios históricos de mexicanistas de aquí y de allá. La historia de comunidades campesinas y de movimientos agrarios está repleta de este romántico gusto por encontrar "el México real". Los estudiosos tipo Redfield también dejaron huellas por su rigurosidad empírica. Por ejemplo, don Silvio Zavala, en su contribución a las lindas *Egohistorias* compiladas por Jean Meyer, recuerda el ejemplo de rigurosidad que sentaron en Yucatán esos investigadores.

Es en la década de los cincuenta cuando las ciencias sociales *à l'américain* inician su reinado, vía las teorías de la modernización y sus componentes psicológicos, sociológicos y antropológicos, los cuales también hicieron nido en la historiografía y las ciencias sociales mexicanas. La influencia de las teorías sociológicas y políticas norteamericanas (Parsons, Merton, Dahl, Almond, Lipset) se dejó sentir en el ambiente académico mexicano, en el cual las diferencias disciplinarias entre sociología e historia no estaban —ni tenían por qué estar— bien determinadas. Cito el ejemplo más notable de estas influencias: *La democracia en México,* de Pablo González Casanova.

En cuanto a la presencia del marxismo "gringo" en México, poco puede decirse. Por supuesto C. Wright Mills, Alvin Gouldner y Noam Chomsky fueron lecturas obligadas para una generación de universitarios mexicanos. Pero poco de eso se tradujo en investigación histórica. Aunque no acierto a precisar con claridad, lo que debe haber dejado huella en los mexicanistas estadounidenses y mexicanos son los trabajos al estilo de Barrington Moore: síntesis impresionantes de teoría modélica, a la manera estadounidense, y erudición histórica. En lo que hace al estudio de la cultura, quizá desde Lévi-Strauss no ha habido autor más influyente que Geertz en sus distintas etapas. Entre los antropólogos, me dice Federico Besserer, Geertz ha estado presente lo mismo en Arturo Warman (estudiante de Geertz) que en los programas de antropología de todo el país donde se agotan las ediciones españolas de los libros de Geertz. En la historia cultural poco a poco se está dejando sentir esta corriente. Otro que va sembrando su granito en la historia urbana y cultural en México es Marshall Berman, gracias a la traducción de *Todo lo que es sólido*. Por su parte, algunos marxistas dependentistas norteamericanos causaron mucho revuelo historiográfico en aquellos años en que todos teníamos que leer a "Stanley and Barbara Stein". Y aquí, entre las marcas radicales, merece mención otro conocido nuestro: John Womack, que va adquiriendo la misma calidad mítica de su héroe. La figura histórica que hoy tenemos de Zapata, gracias a Womack, debe mucho al populismo y marxismo estadounidenses.

Hay una rama que está floreciendo rápidamente en las universidades norteamericanas: una historia destinada a encontrarse con la historiografía

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

mexicana, aunque esta última no quiera. Me refiero a la llamada historia chicana. Con desprecio, en México no se repara en la existencia de esta historiografía. Ya existen algunas traducciones, como la del importante libro de David Montejano, pero en realidad en nuestro país no se sabe casi nada de la historia de ese otro México, de ese otro Estados Unidos, de ese otro más preciso nosotros.

En fin, tres o cuatro golondrinas mencionadas no le hacen el verano a nadie: no he probado una interacción muy fuerte entre las historiografías de ambos países. Añadiré algunas golondrinas antes de entrar a tierra más inhóspita. Creo que existen actualmente cuatro campos que son lo más cercano a escuelas historiográficas estadounidenses con presencia en México. Primero, en lo que hace a la historia prehispánica y colonial, la escuela demográfica de Berkeley (Borah, Cook) ha sido y es muy importante. De ella se está derivando una especial historia ecológica que, espero, no muera de asfixia. Segundo, en el campo prehispánico, los estudios de los mayistas norteamericanos y los trabajos sobre los pueblos nahuas antes y después de la conquista (James Lockhart) han echado raíces en México. Tercero, la historia de la mujer o la llamada *gender history*, tanto teórica como políticamente, abreva mucho de la producción universitaria y del movimiento feminista estadounidense. Este campo crece en México y seguramente estará muy influido por el debate norteamericano. Por último, está la llamada nueva historia económica, que es tan norteamericana como franceses son *l'imaginaire* y *les mentalités*. Esta escuela tiene importantes representantes entre mexicanistas de Estados Unidos y México (Coatsworth, Haber, Cárdenas) y está logrando adeptos en México entre los historiadores más jóvenes. Si un puesto oficial o una casa de bolsa no se atraviesan en el camino, pronto tendremos serios estudios de historia económica a la manera de la *cliometrics*.

Este panorama del odio a lo querido, se podría argumentar, no convence a nadie de que haya habido mucha querencia. En realidad estos amoríos son parte de una interacción internacional más amplia, la cual florece en las universidades de Estados Unidos. Ahí se ha formado una Alejandría contemporánea donde adquirimos la mayoría de nuestros víveres académicos. Ideas e historias de Europa, Latinoamérica, África y Asia están en orgía perpetua en Estados Unidos, y luego llegan a nosotros como *made in USA*. Ahora, por ejemplo, más que Braudel, se vende la idea de sistema mundial vía Immanuel Wallerstein. Por otra parte, podemos estar seguros de que François Furet ingiere con más frecuencia comida mexicana o china que *nouvelle cuisine* en sus largas estadías en Chicago. A Jacques Derrida se le puede encontrar mitad del año en Irvine, California. En los ochenta, ¿para qué ir a París por Foucault si se podía tomar el autobús en Tijuana y verlo en Berkeley? A su vez, una de las más importantes historiadoras brasileñas acaba de retirarse de

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

la Universidad de Yale. Y el autor del libro que nos creó la imagen histórica de América Latina, Tulio Halperin, es un argentino del mundo que vive en Berkeley. Es más, no a pocos sorprendería el saber que el mismo Braudel viajó en 1955 a Estados Unidos para examinar el modelo estadounidense de programas de *"area studies"* (léase estudios latinoamericanos). Siguiendo este modelo, estableció el área de estudio de América Latina en París, donde a través de los años varios mexicanos obtuvieron maestrías y doctorados. Así de peligrosas son estas relaciones: uno nunca sabe ni con quién duerme ni con quién estudia.

Entre los estudiosos mexicanos, encontramos varios que pasan temporadas en universidades de Estados Unidos. Irónicamente, algunos de aquellos antiyanquis pasionales que en nuestros años mozos nos advertían de los peligros de ir a estudiar al imperio fueron los primeros en saltar del barco al descubrir la abundancia de recursos económicos, humanos y bibliográficos de las universidades del país vecino. Además, el número de mexicanos matriculados en doctorados en historia en instituciones de allá parece estar aumentando. Con todo, vía estudiantes no podemos hablar de relaciones importantes, pues pocos mexicanos han estudiado historia en Estados Unidos, y aun menos han terminado.

Por último, hay que llegar al punto sensible: más que influencias historiográficas entre Estados Unidos y México, lo que hay es una dependencia mexicana. En los últimos años, una parte importante (en cantidad) y significativa (en calidad) de la historia de México se escribe en Estados Unidos. De acuerdo con la ANUIES, en 1991 había en México 40 estudiantes de doctorado en historia. Con la zanahoria de la excelencia, en 1992 esta cifra subió a 75. Para completar el cuadro, tenemos que en 1991 en todo el país se produjeron cuatro tesis doctorales en historia. No tengo las cifras, pero seamos generosos y asumamos que en 1995, con lo de la zanahoria, se produjeron cuatro veces más tesis doctorales que en 1991. Esto es, 16. Seamos más generosos y supongamos que en 1995 hubo igual número de tesis de maestría que valen por tesis de doctorado. Llevamos 32 trabajos. Sigamos del lado panglosiano y asumamos que en estos años zanahóricos se terminan cada año diez tesis doctorales en historia hechas por mexicanos en el extranjero. Lo cual nos da un total de 42 trabajos. Entre 1993 y 1995, en Estados Unidos se produjo un promedio anual de 80 tesis doctorales de o sobre historia de México.

En cuanto a artículos, el panorama es más patético. Según el *Historical Abstract*, que incluye en sus índices las mejores revistas de habla española, entre 1982 y 1996 se publicaron poco más de 3 500 artículos sobre historia de México, de los cuales sólo cerca de 1 500 fueron publicados en español.

En cuanto a publicaciones, el asunto es muy complicado porque parece ser que en México se publica mucho. De acuerdo con los catálogos de las bibliotecas de la Universidad de Austin —una de las mejores colecciones, si

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

no es que la mejor, sobre historia de México— en 1986 se publicaron un total de 386 libros clasificados como historia de México, de los cuales 273 se editaron en México. Hacia 1994 en México se produjeron 90 libros de o relacionados con historia de México, en tanto que en inglés se publicaron tan sólo 39 (además de dos libros editados en Francia y tres en España). Pero viendo de cerca estas cifras se descubre que de los 90 libros impresos en México, once eran lo que los estadounidenses llaman "libros para la mesa de café" (libros de fotos sin gran análisis), otros tantos eran libros publicados por los estados o secretarías con recopilación de documentos, y unos nueve libros de esos 90 eran reediciones de libros clásicos de historia de México. Total, que de esos noventa, más o menos 38 pueden considerarse estudios relativamente serios de historia. En contraste, de los 39 libros publicados en inglés sobre historia de México en 1994, 33 son estudios académicos de variopinta calidad, pero publicados por casas universitarias serias, lo que asegura un mínimo de escrutinio, y si no se saca más de ellos, al menos se encuentran muchos datos. Hacia 1995, cuando ya los efectos de la crisis se sienten en la industria editorial y las secretarías de Estado han parado la fiebre publicitaria del TLC, en total se publican 98 libros sobre historia de México, de los cuales 43 fueron publicados en México. Es decir, menos del 50%. Y es de considerarse que, en Estados Unidos, México no es ninguna prioridad editorial, sino un reducido nicho de las editoriales comerciales y universitarias. En Estados Unidos, los libros sobre México tienen que competir por papel, subsidios y audiencias en un amplísimo mercado con un control de calidad exigente, lo cual no garantiza que todos los libros que se publican sean de calidad. Pero el mero hecho de que después de todos los filtros en Estados Unidos se publique entre un 30 y un 50% de los libros de historia de México es, creo, bastante significativo.

Lo hasta aquí dicho, me parece, prueba que amor y odio entre las historiografías mexicanas y anglosajonas surgen gracias a una sólida base de secreto entendimiento: tan sólo se odia lo que es querido.

El rencor hiere menos que el olvido

A pesar de todo lo anterior, si por escuelas historiográficas se entienden distintas maneras filosóficas, metodológicas y míticas de cortejar a Clío, no hay mucho que contar entre México y Estados Unidos. Al referirnos a los impactos entre estas dos historiografías no podemos utilizar el tono profundo que asumimos al citar las influencias en México de *Les Annales*, de la *nouvelle histoire*, de Braudel o de Foucault. Lo cierto es que en México ha existido un desconocimiento descomunal tanto de los debates filosóficos y metodológicos escenificados en Estados Unidos alrededor de la historia, como de la historia de ese país en sí misma. Se conocen —lo contrario ya sería el colmo— los

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

trabajos de historiadores estadounidenses sobre México, pero poco más. Lo mejor de la historia política, social, económica y cultural de Estados Unidos producida a partir de, digamos, 1965 es poco accesible en nuestra nación. Reducido es el número de traducciones hechas aquí, aunque hay algunas elaboradas en España y Argentina. Sería inútil hablar de la lectura mexicana de, por ejemplo, un historiador de fines del XIX tan profundo e interesante como Henry Adams. Pero ni siquiera podemos asumir que se conocen en México los trabajos de historia laboral de H. Gutman, la indispensable interpretación de la independencia de Estados Unidos de B. Bailyn (alguna vez traducida por Paidós en Buenos Aires pero hoy inaccesible) o los destacados trabajos sobre la esclavitud y el proletariado de Eugene Genovese. Los trabajos de historia cultural de Leo Marx, Warren Susman o Christopher Lasch no conocen ojos mexicanos. La clásica interpretación del sur de Estados Unidos después de la guerra civil de C. Vann Woodward —de la que mucho tenemos que aprender en nuestro país— ni se enseña ni se lee aquí. Menos se conocen los debates epistemológicos sobre la historia que en Estados Unidos se remonta a Henry Adams, William James o Charles Beard y que hoy son acaloradamente discutidos por gente como Hyden White y Peter Novick, por citar sólo dos autores. No obstante, algunos historiadores estadounidenses dedicados al estudio de Europa han tenido cierta aceptación en México (como Robert Darton o Eugene Weber). En cuanto a libros de texto de historia de Estados Unidos, existen pocos en español y los que hay generalmente son obsoletos. Las traducciones, si acaso son hechas, tardan muchísimo. Un libro tan importante como *Metahistoria,* de Hyden White (que, aunque es de historia europea, resume una discusión de filosofía de la historia profundamente estadounidense), fue publicado en Estados Unidos en 1973 y se editó en castellano veinte años después.

Se me objetará que en México tampoco se conocen la historia de la India o de la antigua Yugoslavia. A ello contestaría que en parte es debido al extremo parroquialismo mexicocéntrico de la historiografía mexicana (no acabamos de forjar patria). De cualquier forma, esas ignorancias son entendibles. Pero para México ignorar la historia y el debate historiográfico de Estados Unidos es totalmente inexcusable.

Tampoco puede asumirse que los mexicanistas estadounidenses traen agua a su molino de los debates teóricos y de las amplias corrientes historiográficas de Estados Unidos. La vida universitaria en Estados Unidos se asemeja a la casa de un cuento de Julio Cortázar donde poco a poco se van guetizando y cancelando habitaciones. La hiperespecialización y guetización de los distintos campos no favorece el diálogo. Generalmente, los debates teóricos y metodológicos llegan tarde, si llegan, al campo de los mexicanistas.

Han existido, sin embargo, nobles momentos en que las historiografías de México y Estados Unidos, como corrientes filosóficas distintas, trataron

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

de hablarse. Fue el caso de los dos primeros encuentros de historiadores mexicanos y estadounidenses (1949 y 1959), en los cuales ambas tradiciones se encontraron gracias a los esfuerzos de profesionales mexicanos, como Edmundo O'Gorman, Daniel Cosío Villegas y Silvio Zavala, y estadounidenses, como Lewis Hanke y Merle Curti. Poco a poco estos encuentros decantaron en ágape de mexicanistas de ambas nacionalidades.

En fin, este olvido total hiere más a la historia mexicana que el tradicional rencor historiográfico antigringo.

Tener presente, de acuerdo a la experiencia

En algún momento de enojo, don Daniel Cosío Villegas llegó a afirmar que la mejor historia de México se hacía en Estados Unidos gracias a la seriedad empírica que caracteriza a la academia de aquel país y a la objetividad que da el estar lejos del juego político y académico mexicano. No se me mal interprete; creo que en ese momento le ganó el enojo a don Daniel. Su hipérbole, sin embargo, me sirve de protección para adentrarme en el terreno de las absurdidades institucionales. ¿Quién mejor que don Daniel para escudarme?: la ironía es el estado de las cosas, la crítica es mía, pero el enojo lo empezó don Daniel.

Las relaciones peligrosas de que vengo hablando tienen por escenario un marco institucional lleno de paradojas. Enumero tan sólo tres: leer y bibliotecas, estudiar e instituciones y publicar y editoriales.

Leer y bibliotecas: escribir historia de México se facilita mucho en las bibliotecas de California, de Texas, de Boston, de Cambridge, adonde uno puede ir y no hay necesidad de hablar inglés o de saber quién fue Thomas Jefferson o qué fue la *"progressive era"*. Ahí uno puede fotocopiar y disponer de material de manera exactamente inversa a la penosa dificultad con la que un lector cualquiera espera una hora para recibir un libro en cierta buena biblioteca del Ajusco. Claro, en Estados Unidos, don dinero es poderoso caballero, pero no necesariamente tenía que ser ilustrado. Dineros han ido y venido en México y de libros nada. No dudo en decirlo: la influencia más importante de la historia profesional estadounidense en la historiografía mexicana ha sido la accesibilidad bibliográfica. ¿Que se roban bibliotecas mexicanas? Las compran, y uno se pregunta si existirían algunas colecciones en México si nunca hubieran sido compradas.

Estudiar e instituciones: en los años noventa, la influencia más importante de la escuela historiográfica estadounidense no está en los contenidos sino en las formas institucionales. A la manera como los historiadores norteamericanos de fines del XIX viajaban a Alemania a copiar el estilo de los doctorados y seminarios germánicos, las ciencias sociales y la historia mexi-

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

cana ya va para más de treinta años que viajan rumbo al norte en busca del estilo norteamericano de organización del conocimiento. Pero acá toda suerte de despropósitos hace que cada año sea el primero. Los esfuerzos institucionalizadores de los grandes maestros de la historiografía mexicana de la posguerra lograron consolidar dos o tres instituciones de primera, dos o tres programas de doctorado, una editorial. Pero los años de inconsistencia, descuido y patanería institucional han creado muy pocos nuevos centros y sí han debilitado muchos que con grandes esfuerzos subsisten. Y en los pocos que sobreviven se impone cada vez más un modelo norteamericano a veces muy forzado. Como resultado, uno esperaría grandes contactos académicos entre instituciones de Estados Unidos y México. Sin embargo, no ocurre así. Se está abriendo el contacto institucional, pero tener acceso a Chicago, Harvard, Stanford y Yale sigue siendo una minita de oro controlada por unas cuantas instituciones y personas en México y por unos cuantos mexicanistas en Estados Unidos. Los contactos institucionales, pues, todavía pueden ser mucho más enriquecedores para un mayor número de historiadores mexicanos. De la manía de los *Ph. D.* ya ni hablar.

Publicar y editoriales: en la academia norteamericana se oye aquella famosa leyenda: publicar o morir *(publish or perish.)* Para quien quiera tener un salario alto y una posición definitiva en un departamento de historia de una buena universidad de Estados Unidos, las cuotas van subiendo a unos dos o tres libros publicados por editoriales universitarias de primer nivel y aclamados por la comunidad de historiadores nacionales y extranjeros. Ello no quiere decir que todo lo que se publica es excelente, sino que está amasado en el molde adecuado. Se publica toda suerte de sinsentidos pero, eso sí, en impecable vestido y jerga académica. No hay muchos secretos: es un mercado abierto, los manuscritos se envían por correo, las editoriales los revisan y acusan de recibido, los mandan a lectores anónimos, se rechazan o aceptan, se ofrecen contratos y ya. En la mayoría de los casos el autor nunca ve la cara de sus editores. Ayuda, pero no es necesario ser amigo de nadie. Una vez publicados, los libros salen al mercado; las editoriales se encargan de la distribución en el mundo de habla inglesa. En México, un historiador sin nombre tiene que pasar muchas horas café, horas grilla, horas ruego, horas contacto y horas trabajo para conseguir publicar su manuscrito. En la mayoría de los casos, el joven historiador acaba vendiendo el alma si no al diablo sí a alguna secretaría de Estado, a un contacto pesado o a alguna de nuestras *cosas nostras* intelectuales. Para publicar hay que ser amigo de alguien. Las editoriales universitarias, algunas de las cuales han publicado libros importantísimos para la historia de México, no parecen tener un criterio firme y publican lo mismo un homenaje a "ilustres" mexicanos como José Francisco Ruiz Massieu o los realmente indispensables trabajos de don Edmundo O'Gorman. Otras editoriales universitarias tienen la "sabia" política de sólo publicar a los de

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES HISTÓRICAS

casa. Existen dos o tres editoriales no universitarias serias, con arbitrajes, pero aun ésas requieren de sus horas de grilla y contactos. Ya aceptado, un libro que viene de por ahí cerca de la hacienda de Anzures tarda seis meses en salir. Otro que viene de algún cubículo universitario puede tardar entre tres o cinco años. Una vez publicado el libro, pocas editoriales mexicanas incluyen entre sus obligaciones la distribución. Pero ya que el historiador es famoso y conocido, son muchos los incentivos para publicar todo, incluso cartas de amor, memorandos de oficina y listas de supermercado. Entonces se multiplican las posibilidades de morir intelectualmente con tal de publicar todo lo que se pide. Y, además, el hambre es canija. Así, estamos en el *publish or perish vs. perishing to publish to perish:* publicar o morir *versus* morir por publicar para morir.

El panorama sucinto que he presentado de estas relaciones peligrosas está destinado a la pronta obsolescencia, o al menos eso espero. Las enraizadas formas de hacer la historia tanto en Estados Unidos como en México están ante el dilema de cruzar la puerta que lleva más allá de las historias patrias, de las historias tradicionales de mutuo odio y amor. En el fondo, allá y acá queremos a estas historias como a dos entrañables damas de belleza indescriptible. Pero ambas están a punto de cruzar la puerta que da entrada a no sé dónde. Ya las veo ante la puerta; si no la cruzan, seguro se "amomian"; si la cruzan, creo que se evaporarán. ¿Qué hacer?

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html

INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

DR© 2018. Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas
Disponible en: www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/cincuenta/343.html